

ros y los zuavos prorrumpieron en un grito de alegría.

Ya era tiempo de que llegase aquel salvador auxilio. Uno de los regimientos de la división Reischach, el regimiento Gruber, trataba de pasar el puente del ferrocarril y de introducirse en el reducto. A este se añadía otro peligro. De Robecco llegaba por la orilla derecha del canal la brigada austriaca Kinzl, que amenazaba envolver á la división Mellinet. Sin perder un instante, los cazadores, apoyados por una porción del 23.º, se establecieron sobre la calzada entre el canal y el llano, y rechazaron á los soldados de Kinzl hacia Ponte-Vecchio. Por su parte, Wimpffen, reforzado por el resto del 23.º de línea, pasó de nuevo el puente del ferrocarril, tomó nuevamente posición en la margen izquierda y hasta avanzó hasta una granja llamada Casa Mainaga, que fué alternativamente tomada y perdida. Poco después la llegada del 90.º de línea, segundo regimiento de la brigada Picard, permitió á los franceses hacerse fuertes en ambas riberas de Ponte Nuovo y reconquistar el Naviglio. Conquista precaria, sin duda, pues se tiene la seguridad de que nuevas columnas austriacas reemplazarán á las que acaban de ceder. Sin embargo, una cosa reanima á los nuestros: después de una larga espera llena de ansiedad y de impaciencia, se oye de nuevo hacia el Norte y mucho más allá del canal el cañoneo de Mac Mahón.

¡Mac Mahón! Todos tienen puesto en él su pensamiento. Durante tan larga lucha de la guardia imperial ¿qué hacía aquel general intrépido, tan poco acostumbrado á hacerse esperar? Mientras sus argelinos, seguidos del 45.º de línea, tiroteaban entre Bernate y Buffalora, su jefe de Estado mayor, el general Lebrún, había subido al campanario de Cuggiono. Desde allí, inspeccionando el país, dos cosas le habían llamado la atención: la gran concentración de tropas austriacas en los alrededores de Magenta y el vacío que se hacía cada vez mayor entre las columnas de Espinasse y las de La Motterouge. Bajó á toda prisa y dijo: «Es una gran batalla. Llenemos el intervalo entre nuestras dos divisiones y hagamos venir la de Camou. Concentrémonos. Sólo así podremos marchar sobre Magenta.» Mac Mahón no se decidía á mandar cesar el cañoneo. «¿Qué opináis?» preguntó al general de artillería Auger que se encontraba á su lado. «Creo que lo mejor es lo que propone el general Lebrún,» replicó Auger. En presencia de este doble consejo, el comandante en jefe cedió (1). Hizo retroceder hacia Cuggione los destacamentos suyos que se habían aventurado más allá y envió un ayudante á Camou para que apresurase su marcha. Lo esencial era acercarse á Espinasse, el cual, para llegar á Magenta, había tomado un camino tortuoso y alargado todavía el rodeo por una equivocación de ruta. Para llenar el hueco entre las dos divisiones, algunos pelotones de cazadores empezaron á galopar por los intervalos y desalojaron de los matorrales á los cazadores austriacos que empezaban á cobrar ánimo. La espera fué larga y llena de ansiedad. A lo lejos se oía el tiroteo cuyo ruido venía de orillas del Naviglio. ¿Qué pensaría el ejército, qué pensaría el emperador de aquella inacción inexplicable, de aquel combate tan impetuosamente empezado y de pronto interrumpido? No pudiendo domi-

(1) General Lebrún, *Souvenirs*, págs. 252-253.

nar por más tiempo su impaciencia y obrando más bien como soldado que como jefe, Mac Mahón marchó con algunos jinetes al encuentro de Espinasse: galopando á través de viñas, campos y fosos, estuvo á punto de caer en manos del enemigo, alcanzó á su teniente general é hizo que éste activase todo lo posible su marcha. Espinasse, que había llegado á Marcallo, avanzó por la derecha hasta una granja llamada Casa Guzzafame. Por su parte, La Motterouge, con los batallones de la brigada de Polhés, se extendió por la izquierda hasta el mismo punto, mientras llegaba por la derecha á Buffalora que los austriacos acababan de evacuar y donde había entrado hacia un instante el 2.º de granaderos. Detrás, la división Camou formó una segunda línea muy compacta y muy sólida. Después de haber reunido así sus fuerzas, Mac Mahón se preparó á continuar su marcha tanto tiempo interrumpida. Entonces fué cuando retronó de nuevo el cañón, cuyas detonaciones animaron y regocijaron á los que llevaban largas horas de penosa lucha á orillas del Naviglio. A la derecha, La Motterouge atacó á los austriacos y, después de una lucha muy viva, los desalojó de un caserío llamado Casa Nuova. A la izquierda, Espinasse desembocó de Marcallo. Uno y otro, mediante una marcha concéntrica, se acercaron á Magenta, que no tardaron en atacar.

Pero, antes de referir este último y decisivo episodio de la batalla, hemos de volver á orillas del canal donde la guardia y la brigada Picard sufrían, en aquel mismo momento, un nuevo y terrible asalto.

Aunque tarde, Giuly había adivinado al fin los proyectos de sus adversarios. Vió claramente dos ataques: al Noroeste, el de Mac Mahón, que tenía por objeto Magenta á cuyo punto se acercaba, y, al Oeste, el de la guardia que, dueña de Ponte Nuovo, tendía al mismo punto y se abriría el camino de Milán operando su conjunción con el segundo cuerpo. Penetrado de su responsabilidad ante su soberano y ante su país, el comandante en jefe austriaco se esforzó en reparar con su actividad todo lo que su pasada inercia le había hecho perder. Acababa de ir á Robecco, y como quiera que el príncipe de Schwarzenberg, comandante del tercer cuerpo, se había acercado ya al campo de batalla, le mandó arrojar al enemigo de las márgenes de Naviglio. Si triunfaba en esta maniobra, no sólo rechazaría á los franceses, sino que además los separaría de las demás divisiones que marchaban hacia el Tesino.

Poco antes de las cuatro y media, á la misma hora en que Mac Mahón, después de haber rectificado su línea, tomaba la ofensiva otra vez, Schwarzenberg subía á lo largo del *Naviglio grande*, dispuesto á dar un golpe decisivo á la pobre guardia y á la brigada Picard. Dispuso con desigualdad sus cuatro brigadas á orillas del canal: tres en la margen occidental, las de Hartung, Durfert y Wetzlar, y una en la margen oriental, la brigada Ramming. La brigada Wetzlar, que había evolucionado hacia el Tesino para envolvernos, no tardó en perderse en los terrenos pantanosos de las cercanías del río. En cambio, la brigada Hartung, apoyada por la brigada Durfeld, atacó á nuestros débiles batallones. El 23.º y el 90.º de línea, extenuados de fatiga y desalentados á causa de sus pérdidas, flaqueaban un poco en la lucha desigual. Las casas de la orilla derecha de Ponte Vecchio fueron tomadas, perdidas y vueltas á

tomar. Canrobert había llegado á toda prisa, saltando cuantos obstáculos encontraba en su camino para juntarse más pronto con sus soldados que se batían. Los reanimó, anunciándoles el auxilio, y condujo al combate los destacamentos aislados. Pero el grueso de su ejército aún se hallaba lejos de él. Sólo tenía á mano algunos batallones incompletos, cansados y diezmados. No disponía de ningún cañón, pues toda su artillería desfilaba aún por la carretera, al otro lado del río. Afortunadamente, los puentes del Tesino, tan largo tiempo obstruidos, abrieron paso á un importante refuerzo, á la división Vinoy, del cuarto cuerpo. Uno de los regimientos de la división, el 52.º de línea, fué á socorrer á la guardia, desembocó de Ponte Nuovo, se lanzó por el camino de Magenta y se apoderó de la Casa Mainaga, poco antes conquistada y luego perdida. El resto se distribuyó entre ambas márgenes del Naviglio, á fin de hacer frente en la orilla oriental á la brigada Ramming y en la occidental á las brigadas Hartung y Durfeld. Al Este del canal, Vinoy rechazó hacia Ponte Vecchio á los batallones de Ramming, llegó hasta el interior del pueblo, desalojó sucesivamente al enemigo de las casas, de las granjas y de los huertos. Al Oeste, Canrobert, sostenido por tropas frescas, volvió á tomar vigorosamente la ofensiva. Para arrastrar á los suyos lanzóse al frente de ellos; vióse un instante envuelto por un pelotón de caballería y obligado á echar mano de la espada para abrirse paso. El combate continuó con toda clase de alternativas diversas, pues Hartung y Durfeld hacían desesperados esfuerzos para rechazar á sus adversarios y separarlos del resto del ejército, si era posible. A pesar de todos los obstáculos, Canrobert ganaba terreno. Llegaron nuevos refuerzos; el 73.º de línea y tras él la brigada Jannin desembocaron de los puentes del Tesino. En esto circuló una buena noticia por las filas. Uno de los oficiales del mariscal, enviado á practicar un reconocimiento al otro lado del canal, anunció que Mac Mahón se disponía á entrar en Magenta. Bajo aquella impresión de esperanza, nuestras tropas se animaron á detener á toda costa, en las márgenes del Naviglio, al enemigo que ya empezaba á flaquear.

Mac Mahón, en efecto, iba á decidir la suerte de la batalla. A las seis de la tarde había desembocado con la división La Motterouge en la carretera de Buffalora á Magenta. Al extremo del camino que se prolongaba en línea recta entre las vallas de acacias se alzaba el campanario de ladrillos rojos del pueblo. El comandante del segundo cuerpo enseñó aquella torre á sus tropas como término de la acción. A Espinasse, que se acercaba por la carretera de Marcallo, le ordenó que tomase también por objetivo el campanario del pueblo. Así se operó el movimiento convergente que había de concentrar todos nuestros esfuerzos para el instante supremo. A retaguardia se desplegaron los cazadores de Camou que enlazaban á las dos divisiones y las apoyaron para concurrir luego al desenlace. Después de tantos retrasos y sofrenadas, se tenían grandes deseos de acabar; y, por otra parte, el sol que declinaba aumentaba la impaciencia de poner un término á la jornada.

Espinasse avanzó rápidamente hacia el pueblo, ganando pronto los terrenos cubiertos inmediatos á la vía férrea. Una vez al abrigo, hizo alto y formó su división en dos columnas: con una de ellas, compuesta de sus

zuavos apoyados por el regimiento extranjero, había de penetrar directamente en Magenta por la carretera de Marcallo; la otra columna, formada de los regimientos de línea números 71 y 72, había de oblicuar hacia el Este á fin de tomar el pueblo de flanco por la parte de la carretera de Milán.

Mientras tanto, La Motterouge se acercaba, pero no sin retrasos ni pérdidas, pues había numerosos enemigos emboscados entre las viñas y los morerales. La caballería dispersó á los tiradores mientras la artillería preparaba el ataque.

Llegamos al último acto, que no fué el menos sangriento. En torno del pueblo, los austriacos, obligados



El general Mac Mahón

á replegarse, habían reunido á toda prisa todos sus cuerpos disponibles. En primera línea estaban los regimientos que menos habían sufrido, apoyados por los demás. Estos últimos no eran más que restos, por cuanto, después de la larga marcha del día anterior y de los esfuerzos de la jornada que concluía, muchos hombres habían sucumbido á la fatiga; otros habían huido á la desbandada, marcando sus huellas con los equipos y las armas abandonados en los caminos; muchos habían caído muertos, heridos ó prisioneros. Pero los que quedaban eran los mejores, los que en aquella coyuntura extrema aspiraban todavía á forzar la victoria ó á honrar la derrota.

Después de un corto descanso detrás del terraplén del ferrocarril, Espinasse lanzó sus columnas. El mismo, al frente de sus zuavos, dirigióse hacia la entrada de la calle de Marcallo. De un caserón próximo al ferrocarril partió una formidable descarga. Espinasse cayó mortalmente herido y á su lado sucumbió de igual modo su ayudante. Bajo una verdadera lluvia de balas, los zuavos continuaron su marcha, venciendo ú obviando todos los obstáculos y matando sin piedad á todos los enemigos que caían en sus manos. Por fin llegaron al centro del pueblo. Allí se les juntaron los regimientos extranjeros y la primera brigada que había atacado por la retaguardia y entrado por la carretera de Milán.

A su vez, la división La Motterouge, que había llegado por la carretera de Buffalora, apoderóse de la estación del ferrocarril, pero después de empeñada lucha, pues los edificios se hallaban aspillados, guarnecidos de tiradores y defendidos por la artillería. El 65.º de línea penetró luego en las calles, mientras el 70.º rodeaba al pueblo por la derecha. En ambos puntos la resistencia era igual; el 65.º perdió su coronel y varios de sus oficiales; el 70.º, mezclado con las tropas que llegaban de Ponte Nuovo, vió caer á su teniente coronel y llenó el suelo de cadáveres. Después de un pos-trer combate, la iglesia, la rectoría y el cementerio ca-yeron en poder nuestro, y los batallones victoriosos de La Motterouge, seguidos de cerca por los cazadores de Camou, se unieron á los soldados de Espinasse sobre el terreno conquistado.

La jornada era nuestra. No sólo nos pertenecía Magenta, sino, que al extremo opuesto del campo de batalla, Ponte Vecchio se hallaba en poder nuestro. Con toda su artillería disponible, alineada á lo largo de la vía férrea, el general Auger batía á las columnas austriacas que desfilaban hacia Castellazzo y Corbetta, de modo que hasta los batallones más sólidos precipitaban su retirada sin poder reunirse. La victoria ofreció, sin embargo, algunas particularidades singulares que no estará de más señalar, pues denotan la especie de in-coherencia que presentaron las guerras del segundo Imperio.

El primero que hubiera debido tener noticia de la victoria fué uno de los últimos que recibieron la buena nueva. Durante todo el combate, el emperador había permanecido en el puente de San Martino, más bien como testigo que contempla la batalla que como general que la dirige. Y aún no contemplaba más que una pequeña parte; su mirada no fué más allá de aquellos diques del Naviglio donde tan heroicamente se batía su guardia. «En su rostro, escribió el historiógrafo oficial de la campaña, brillaba una tranquila serenidad, presagio de la victoria (1).» En efecto, permaneció impasible, pero de una impasibilidad que lo mismo podía llamarse sangre fría que estupor. No era en él ininteligencia ni flaqueza de alma, sino inexperiencia de esa cosa terrible que se llama la guerra. Después de largas horas de crueles angustias, vió desembocar de los puentes del Tesino algunos de los refuerzos esperados. «¡Daos prisa!, ¡daos prisa!» dijo. Y estas palabras las repitió al general Picard, á Canrobert, á Vinoy, á Niel: fué su principal intervención. Sabía que Mac Mahón había de marchar sobre Magenta, pero no siguió por esta parte ninguna de las fases de la acción; justo es decir que, al parecer, Mac Mahón no cuidó mucho de enterar á su soberano. Por la tarde, sucumbiendo á la inquietud, el emperador envió dos de sus oficiales al comandante del segundo cuerpo; dichos oficiales, el jefe de escuadrón Schmitz y el coronel Toulangeon se extraviaron y no llegaron á Magenta hasta el momento en que el pueblo caía en nuestro poder. Su alegría fué grande, y mayor fué todavía su sorpresa. «¡Qué suertel, exclamó con cierta candidez Toulangeon; cuando me separé del emperador, lo dejé estudiando con Martimprey los me-

dios de asegurar la retirada (2).» Ambos oficiales vol-vieron á galope para anunciar el feliz resultado. Cuando llegaron, Canrobert había venido ya á decir al emperador lo que él sabía, de modo que Schmitz y Toulangeon no tuvieron más que completar su relato. Al mismo tiempo, Mac Mahón redactaba su primer parte, muy conciso, que terminaba con estas palabras: «La batalla de Magenta figurará entre las más gloriosas que obtuvo el ejército francés.» El parte llegó por la noche al cuartel general. Sólo entonces estalló la alegría.

Otra singularidad señaló el final del combate. Las tropas, con tanta impaciencia esperadas durante todo el día, afluyeron en masa inmediatamente después de haber terminado la lucha. Acudió primero la división Trochu, que cruzó el Tesino á eso de las siete y media, batiendo tambores, llegó á Ponte Vecchio cuando terminaba el tiroteo y estableció su vivaque en el terreno conquistado; llegó después la división Bourbaki, que pasó el río entre las ocho y las doce de la noche; después llegaron las divisiones Luzy y Faily, del cuarto cuerpo, y por último, al amanecer, llegó el primer cuerpo á San Martino. Con el mismo retraso acudieron los sardos; una sola de sus divisiones, la división Fanti, que marchaba detrás de Espinasse, llegó al terreno en que se batían, y aún no llegó sino para asistir al desenlace; su sola intervención consistió en algunos cañonazos inofensivos contra un enemigo ya disperso.

El día 5 de junio, al amanecer, los aliados tenían á mano ó á poca distancia once divisiones frescas, siete francesas y cuatro sardas. ¡Cosa extraña! A Giulay le había pasado lo mismo que á sus adversarios; no había puesto en acción más que la mitad de sus fuerzas. El octavo cuerpo estaba intacto, como el noveno, que se encontraba muy distante del teatro de la lucha. Del séptimo no se había batido más que una división, y del quinto una sola brigada, casi al final del combate. En ambos campos, el estado de los efectivos era tal que todo parecía prepararse para una segunda batalla (3).

Creyése un momento que esta segunda batalla iba á librarse. En la mañana del 5 de junio, delante de Ponte Vecchio, trabóse un vivo tiroteo entre la división Trochu y el regimiento austriaco de Hesse; duró un buen rato y no sin pérdidas sensibles. El enemigo se retiró hacia Robecco y la mañana transcurrió sin nueva alarma. Desde aquel momento se consideró inverosímil toda vuelta ofensiva. En efecto, Giulay había renunciado á toda revancha inmediata, y con razón. Disponía, sin duda, de numerosas tropas intactas, pero los cuerpos que se habían batido el día antes, sobre todo el primero y el segundo habían sido tan maltratados que hubiera sido imposible conducirlos de nuevo al combate.

Como la victoria era segura, el emperador se trasladó á Magenta, recorriendo con más emoción que orgullo el teatro de la reciente lucha. Era la primera vez que veía un campo de batalla, y su alma compasiva sufría cruelmente por tantos males. Se dijo que, habiendo encontrado la camilla en que descansaba el cuerpo de Espinasse, la hizo descubrir: «¡Pobre Espinasse!» murmu-

(2) General Lebrun, *Souvenirs*, pág. 269.

(3) *Der Krieg in Italien*, Apéndice, tomo I, págs. 63-66.— Véase también la *Campagne de l'empereur Napoléon III en Italie*, redactada en el depósito de la guerra, cuadro núm. 4, página 435.

(1) Barón de Bazancourt, *Campagne d'Italie*, tomo I, página 253.

ró, y durante largo rato guardó silencio, como sumido en un pesar que tenía mucho de remordimiento. Se contaron las pérdidas y resultaron muy desigualmente repartidas, siendo considerables sobre todo en los granaderos de la guardia, la brigada Picard y la división Vinoy. El segundo cuerpo había sufrido menos, á excepción del 65.º y el 70.º de línea que habían sido literalmente diezmados. Los cazadores de Camou, que sólo habían tomado parte en la lucha al final de la acción, estaban casi intactos, lo mismo que la caballería. Además de los ge-

á los regimientos heroicos que, á orillas del Naviglio, habían soportado el peso de la lucha. Como no se podía citar á todo el mundo, se acordó conferir la más alta dignidad militar al comandante en jefe de la guardia. El general Regnaud de Saint-Jean de Angely fué nombrado mariscal de Francia. En él se recompensaron menos sus propios servicios, con ser muy reales, que el valor de sus soldados.

Aquella batalla fué, en efecto (y en esto está su principal carácter), una batalla de soldados; á ellos, pues,



Los granaderos de la guardia en el puente de Magenta

nerales Espinasse y Cler, había entre los muertos cuatro coroneles, Charlier, Drouhot, Chabriere y Senneville. La pérdida total excedía de 4.000 hombres, ó sean 700 muertos, 3.200 heridos y 600 desaparecidos. El combate había sido aún más mortífero para los austriacos que para los nuestros. Además habían dejado en nuestras manos más de 5.000 prisioneros.

El emperador distribuyó las recompensas sobre el campo de batalla. Mostróse generoso como quien, después de haber experimentado grandes temores, no regatea la gratitud. Mac Mahón fué nombrado mariscal de Francia y duque de Magenta. Tan alta recompensa suscitó más tarde alguna crítica, pero de pronto fué aplaudida sinceramente, pues si bien se observó que, en la jornada del 4 de junio, el comandante del segundo cuerpo lanzó por la mañana muy precipitadamente sus columnas y tardó mucho por la tarde en rectificar su orden de batalla, ocasionando largas horas de espera que prolongaron el peligro de la guardia, todo el mundo convino en que Mac Mahón personificaba mejor que nadie las virtudes militares, la lealtad y el valor. Faltaba honrar

correspondía la recompensa. Una amplia combinación estratégica había conducido el ejército á orillas del Tesino. Una vez allí, parece que se dejó al soldado que se las arreglase. Se las arregló, en efecto, pero después de haber estado en peligro de enredarse mucho. Los jefes dieron pocas órdenes y éstas no fueron combinadas; no se tomó ninguna disposición general para dominar los acontecimientos: la confusión ocasionó el retraso de todas las columnas y muchos regimientos llegaron por fracciones. El soldado lo reparó todo con su resistencia á la fatiga, con su energía en la marcha, con su iniciativa, y sobre todo con su valor en los múltiples y parciales combates cuyas huellas aún se ven en los muros de Magenta y de Ponte Nuovo.

Al segundo Imperio había de durarle aún mucho tiempo semejante suerte. Del campo de batalla el emperador envió á la emperatriz dos partes, el primero con la huella de las inquietudes apenas disipadas y el segundo del todo triunfal. Mientras se regocijaban en París, en Magenta enterraban á los muertos. Más tarde, algunos monumentos, muy modestos, marcaron los princi-

pales episodios de la batalla. Una piedra conmemorativa fué erigida en el sitio en que había sucumbido Espinasse. En Ponte Vecchio, una columna rematada por una cruz fué elevada á la memoria de «los valerosos soldados de Francia que reviven en el recuerdo de la Italia reconocida.» En un osario que puede verse á la derecha del ferrocarril fueron reunidos los humildes y gloriosos restos de los que allí sucumbieron. El tiempo ha deteriorado ya estos monumentos, algo descuidados, hasta hace poco al menos, por el gobierno italiano, y descuidados ¡ay! también por nosotros que atravesamos como turistas distraídos aquellas llanuras testigos de tantos heroísmos. Al menos los habitantes del país rodean aún de algún homenaje piadoso las sepulturas que están encargados de guardar.

VI

En Milán habíase oído durante todo el día el ruido del cañoneo, pero llegó la noche sin que se supiera el resultado de la batalla. Sin embargo, la muchedumbre, ávida de noticias, llenaba las calles. A una hora muy avanzada apareció por la *porta Verzellina* un jinete que pronunció entre los grupos sólo estas palabras: «Han sido derrotados.» La alegría que esto produjo fué grande, pero el pueblo no se atrevió á manifestarla, primero por temor á una decepción y segundo por miedo al extranjero que todavía ocupaba la ciudad. Al despuntar el día, los austriacos que estaban acampados en la plaza del Castillo recogieron sus tiendas de campaña é hicieron sus preparativos de marcha y poco después desfilaron hacia el Sur y hacia el Este por la *porta Tosa* y por la *porta Romana*; entonces en todas las ventanas ondearon las banderas italianas en señal de alegría, de alegría entusiasta, pues así como los labriegos lombardos eran en el fondo más sensibles á sus cosechas destruidas y á sus intereses comprometidos que á la perspectiva de su independencia, los habitantes de Milán habían soportado siempre con impaciencia la dominación tudesca.

Mac Mahón fué el primero que llegó á la ciudad; el emperador, escoltado por su guardia, entró en ella el 8 de junio á las ocho de la mañana; y como no se le esperaba hasta mucho más tarde, la multitud que presenció el paso de su cortejo era relativamente escasa y los adornos que en las calles y en los edificios se disponían estaban todavía sin terminar. Por la tarde Napoleón volvió á presentarse en público y entonces la población puso empeño en reparar la relativa frialdad de su recibimiento. Milán hizo por Napoleón III todo cuanto una noble y rica ciudad puede hacer, para honrar á un augusto bienhechor y lo hizo con ese afecto que añade á los homenajes oficiales toda clase de manifestaciones espontáneas; así es que el soberano regresó á la quinta Bonaparte, que había escogido como residencia, entre muestras de respeto y aclamaciones delirantes. Y allí residió, no tanto para descansar como para hallar nuevos cuidados, primeramente los militares y los políticos después.

Al mismo tiempo que terminaba la brillante fiesta, retumbaba á pocas leguas al Sudeste de Milán el cañón, pero no el que celebra los regocijos, sino el que causa la muerte. Veamos lo que fué aquel combate tan sangriento como por desgracia inútil.

En la jornada del 7, el cuartel general francés averiguó que el enemigo se retiraba hacia Lodi, pero que ocupaba todavía Melegnano, la antigua Marignán, y resolvió precipitar su retirada, ora simplemente por el deseo de moverse y de asegurarse la posesión pacífica de la región milanesa, ora con la esperanza de copar la retaguardia austriaca. Tal vez también se consideró que esta marcha ofensiva hacia el Sur sería á propósito para engañar á nuestros adversarios acerca de los movimientos ulteriores de nuestro ejército, al que se pensaba desde entonces dirigir hacia el Nordeste. A consecuencia de una combinación de órdenes bastante obscura, la acción principal estuvo confiada no á los cuerpos más próximos al teatro de las operaciones, sino á Baraguey de Hilliers que había establecido su vivaque en San Pietro de Olmo, es decir, á doce kilómetros al Oeste de Milán y á veintiocho de Melegnano, designación difícil de explicar como no sea por el propósito de querer indemnizar al primer cuerpo de la inacción en que se le había tenido en Magenta. Baraguey de Hilliers había de estar apoyado en su izquierda por Mac Mahón, que saldría de Milán, y en su derecha por Niel, que estaba acampado en Corsico. Entre las cuatro y las seis de la mañana, las tres divisiones del primer cuerpo, ó sean las de Forey, Ladmirault y Bazaine, salieron de San Pietro de Olmo; la longitud de las columnas, la cantidad de bagajes, que obligaba á hacer frecuentes altos, y el calor ya muy fuerte, fueron otras tantas causas de retraso, de manera que era muy entrado el día cuando aquellas fuerzas llegaron á Milán. Después de esta ciudad, el camino se dirige en línea recta hacia Melegnano por entre terrenos bajos y arrozales, y atraviesa dos aldeas, San Donato y San Giuliano. Las divisiones Forey y Ladmirault abandonaron el camino real en San Donato y en San Giuliano respectivamente y torcieron la primera á la derecha y la segunda á la izquierda, con el doble objeto de despejar la vía principal y de envolver por todos lados las posiciones enemigas. La división Bazaine, que proseguía su marcha por la carretera, se adelantó considerablemente á las otras columnas, detenidas á menudo por las zanjas, ó retrasadas por los rodeos de los caminos laterales, de manera que á las cinco y media sólo distaba un kilómetro de Melegnano. La prudencia aconsejaba esperar por un lado á Forey y por otro á Ladmirault, y combinar nuestro movimiento, si no con Niel, que se hallaba demasiado lejos para aportar un concurso eficaz, por lo menos con Mac Mahón, que se encontraba todavía á cierta distancia y se apercibía á maniobrar contra la retaguardia del enemigo. La dificultad del ataque hacía más necesaria esta prudencia, pues si bien aquella pequeña ciudad no estaba ocupada más que por una sola brigada, la de Roden, apoyada á retaguardia por la de Boer, la excelencia de las posiciones de los austriacos compensaba su inferioridad numérica. En efecto, sus cañones enfilaban sin obstáculo toda la carretera por donde iban los nuestros, y algunos restos de fortificaciones, setos, jardines y varias grandes alquerías ofrecíanles seguros abrigos contra un adversario que avanzaría á pecho descubierto. El sol, que se inclinaba hacia su ocaso, indicaba que era menester apresurarse si no se quería dejar escapar la ocasión del combate, y en tales circunstancias el mariscal Baraguey de Hilliers mostróse más ávido de probar for-

tuna que celo de economizar la sangre de sus soldados; y contando con el valor de sus tropas, ordenó, sin esperar á nadie, el ataque inmediato. Los soldados del primer regimiento y los infantes del 33.º de línea

ciertamente una victoria, pero victoria que nos costó cerca de mil hombres fuera de combate. Los dos ejércitos combatientes aparentaron mostrarse satisfechos de aquella acción: los austriacos se felicitaron de haber



El general Baraguey de Hilliers

justificaron la temeridad de su jefe: desafiando la metralla, llegaron hasta las primeras casas, vencieron todos los obstáculos, se batieron en las casas de campo, en los jardines, en las angostas calles, y con su impetuosa obligaron al enemigo á abandonar la población. Hacia el final de la batalla, Ladmirault consiguió combinar sus esfuerzos con los del mariscal Bazaine, y á la caída de la tarde nuestras tropas se establecieron en Melegnano, sin perseguir á los austriacos que acababan de llegar á Lodi. El resumen de aquella jornada fué

mantenido su línea de retirada, y los franceses se envanecieron de haber ocupado Melegnano.

Al día siguiente de la batalla ofrecióse un espectáculo conmovedor: por la *porta Romana* salían largas filas de carruajes que iban en busca de las víctimas, y las milanesas de más alto rango se disputaron los heridos, los transportaron con infinita solicitud, los instalaron en los aposentos más lujosos de sus viviendas y, en una palabra, les rodearon de tantos cuidados, que sólo hubo de temerse una cosa y fué que los refinamientos del lu-